

Falsas Memorias
Blanca Luz Brum



EDITORES INDEPENDIENTES

ERA, México/LOM, Chile/TRILCE, Uruguay

TXALAPARTA, País Vasco

www.editoresindependientes.com

Título: Falsas Memorias. Blanca Luz Brum.

Autor: Hugo Achugar

Diseño de colección y portada: Esteban Montorio

Edición:

Editorial Txalaparta s.l.

Navas y Vides 1-2. Apdo. 78, 31300 Tafalla NAFARROA

Tfno. 948 703 934, Fax 948 704 072

txalaparta@txalaparta.com

www.txalaparta.com

Primera edición

Montevideo, Uruguay, 2000

Primera edición de Txalaparta

Tafalla, agosto 2003

Copyright

© Txalaparta para la presente edición

@ Hugo Achugar

Composición y realización gráfica

arte 4c

Preimpresión e impresión

Gráficas Lizarra

I.S.B.N.

84-8136-286-7

Depósito legal

NA-2.558-03

Hugo Achugar



FALSAS MEMORIAS



KORTAZARI

El sol ha comenzado a inundar de luz su pequeño cuarto y por un momento duda si la historia que está tratando de contar le pertenece. ¿Por qué recordar una mujer que ya no existe?



Se ha despertado con la voz del capitán anunciando que están por aterrizar, trata de ver el cerro San Cristóbal, pero no puede, está lejos y además el cielo está nublado. No se siente bien, este viaje no es como los anteriores. Hay algo que la incomoda. Algo que debería recordar y no sabe bien qué es. Recuerda su entusiasmo al volar sobre el Cabo de Hornos y ver cómo se terminaba la tierra, recuerda haber visto un pesquero y recuerda que el mar estaba picado. Recuerda la maravilla del silencio en Papetee y su descubrimiento, una madrugada, de la Villa Iarona donde viviera Gauguin. Una inmensa magnolia abandonada sobre unos libros amarillos se le cruza en la memoria sin lograr ubicar dónde la vio. Un hombre más que viejo, avejentado, tratando de clavar una cruz. Son imágenes muy rápidas que apenas puede ordenar, tiempos y lugares barajados por una mano ajena y perversa. El viento sobre su cara y el avance del pesquero hacia Juan Fernández. La isla. Ella y sus amigas golpeando las olas. Es como si estuviera viendo un documental viejo, borroso, como si alguien la estuviera hiriendo y la tortura consistiera en no poder dejar de mirar esas imágenes que vuelven y se repiten una y otra vez. Los tanques en la calle. Los soldados apostados frente al palacio de la Moneda. Los Hawkers Hunters dejando caer sus bombas y el humo in-

vadiendo los salones del palacio presidencial. La mano de un general poniendo una medalla sobre su traje sastre. Sobre todo los aviones, los tanques y los soldados. El viaje en el pesquero. La isla. Los tanques y de nuevo las olas. Finalmente las paredes cubiertas de fotos. El viento remeciendo las chontas y los eucaliptos. Su casa, la bahía de Cumberland, los cuadros y las fotos. Recuerda todas esas cosas. Sin embargo, la sensación de que se olvida de algo o de alguien persiste. Persiste y la molesta.

Llevo horas sentado frente a la computadora. Tengo la mesa de trabajo llena con sus libros y con sus fotos. No logro decidir qué es lo primero que debo contar. Había pensado comenzar escribiendo «No sé cómo ni cuándo empezó mi interés por esta mujer», pero no es cierto. Lo recuerdo perfectamente. Estaba preparando una introducción para la antología poética de Juan Parra del Riego que iba a ser publicada por Ediciones de Uno —y que dicho sea de paso, nunca vio la luz—, cuando me encontré con una carta de amor de 1924. Creo que era de 1924 porque hasta hoy no he podido, aunque quizás sea más exacto decir no he querido, confirmar la fecha exacta de la carta. Al principio todo fue muy ordenado: había ido a la sala Uruguay de la Biblioteca Nacional y había buscado sus libros. Quien me interesaba en ese momento era Parra, no ella. Leí sus libros porque daban datos sobre él y me encontré con los poemas, con los relatos de sus viajes y con las cartas que le había enviado a Esther de Cáceres. Entre esas cartas estaba la de 1924.

Pero ya después no tuve ningún orden: el personaje me ganó. Parra del Riego había pasado a ser una especie de disparador, para ella y para mí. De inmediato pensé en escribir una biografía, una historia que iba a ser un panorama o, como se decía antes, un friso de época, una historia intelectual de América Latina durante el período de entreguerras, pero al poco tiempo me aburrí. Me aburrí de mí y de la prosa seca y supuestamente erudita del trabajo académico, sobre todo me aburrí de la pretensión de describir una historia que parecía espléndida y

que a medida que avanzaba se volvía pesada, cargada de datos, de referencias literarias y políticas, de pruebas y contrapruebas. Sobre todo, de contradicciones. Lo que ella decía en sus cartas contradecía otras fuentes, otros testimonios, otras memorias, otras cartas también suyas. Incluso, las historias políticas y las intelectuales, las de los pintores, variaban, se desmentían y la desmentían. A cada rato experimentaba la compulsión de poner referencias bibliográficas, de escribir notas al pie que indicaran un matiz o la fuente documental de mi investigación. La prosa era por momentos sinuosa y contradictoria, tentativa, hipotética. Otras veces me salían párrafos como éste:

En el marco del exilio latinoamericano, unas pocas excepcionales mujeres lograron presencia política y cultural como Tina Modotti, Magda Portal y Blanca Luz Brum; poco sabemos de sus ligas con la causa venezolana. Tina Modotti participa de las campañas antiyanquis de la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA) y de Manos Fuera de Nicaragua (MAFUENIC) al lado de los venezolanos Carlos León, Gustavo Machado y Salvador de la Plaza, y Magda Portal aparece rubricando el colofón de *En las huellas de la pezuña* (1929)...

En realidad, aun cuando no se trataba de mis palabras sino del robo o plagio que había hecho de la página de Internet de un investigador mexicano, ese tipo de escritura me parecía digno de castigo. El asunto era que no me salía nada potable y sobre todo que me aburría, me aburría soberanamente. Así que abandoné el proyecto. Blanca Luz, sin embargo, no me abandonó.

Seguía allí. Seguía con sus historias, con sus cartas a Esther de Cáceres, a Juvenal Ortiz Saralegui, a Farabundo Martí, a José Carlos Mariátegui, a Luis Eduardo Pombo, a tantos otros. Seguía también con sus manipulaciones, con sus múltiples maridos y amantes, con sus hijos vivos y muertos, registrados o no, olvidados o no. Me costaba decidir qué hacer, qué decir, cómo contar la historia de una mujer que no tenía final feliz, que no era edificante, que había pasado de revolucionaria a pi-

nochetista. La palabra edificante me molestaba y me sigue molestando, pero fue la palabra que en determinado momento me surgió y se me quedó pegada. Edificante.

Cuando hace unos meses le conté a una amiga la historia que estaba investigando y lo que pensaba escribir, me dijo que tenía que leer la última novela de Carlos Fuentes porque tenía puntos de contacto con mi personaje. Por lo que mi amiga me había contado, entendí que no se trataba de la misma mujer y contra toda prudencia decidí no leerla. Era imprescindible no dejarse contaminar.

Decidí seguir adelante con lo que venía trabajando desde la época de la fallida antología de Parra del Riego, y me embarqué en la absurda tarea de contar la historia de una mujer que había nacido en Pan de Azúcar el 31 de mayo de 1905 y había muerto en Chile el 6 de agosto de 1985.



Cortar de un tajo la cabeza a la hidra. Eso es lo que siempre ha querido. Eso es lo que ha intentado, eso y ser feliz. El paisaje de la isla la tranquiliza. La hace feliz y la calma. La deja en paz consigo misma y con sus recuerdos. El vidrio de la ventana recorta el paisaje de la isla y no le permite escuchar el ruido de ese mar que trabaja sin pausa y la acompaña desde hace demasiados años. Sin embargo, esta mañana que apenas comienza, las cosas no son como siempre. Una celosía, seguramente mal cerrada, golpea, a ratos movida por el viento. Abandona la máquina de escribir, va hasta la cocina y la cierra apurada pues necesita volver a sus papeles. Llega a su mesa de trabajo y casi de inmediato el sonido vuelve. Ahora con mayor fuerza.

Algo suena y suena y suena. Algo que ha comenzado a invadir la casa y la ha empezado a inquietar, algo que no logra identificar aunque suene familiar. Es como si alguien hablara. Es como si algo o alguien hubiera entrado en la cabaña y estuviera susurrando o gimiendo. Algo, alguien, una voz que sabe conocida aunque todavía no logra identificar:

–Debió haberse muerto joven, hubiera sido mejor.

Sabe que está sola, pero la voz se repite y logra escucharla con total claridad:

—Debió haberse muerto joven, hubiera sido mejor.

La voz no está en la casa. Viene de lejos. Sí, ahora la reconoce, es la voz de alguien que conoció hace muchos, muchos años. Sí, ahora la recuerda con claridad. Es la voz de una poeta, una mujer que conoció cuando dirigía la página literaria de los sábados en *Justicia*, hasta le llegó a publicar uno de sus poemas.

—No importa, toda esa gente está muerta o debería estarlo. Esa mujer siempre me tuvo envidia, sentencia, y se dispone a volver a escribir, pero ahora es otra voz. Una voz amable que se mezcla a otra aún más antigua y que parece ser la de Parra, llamándola:

—Colegiala, teruteru de cristal.

Sí, el cristal, eso es lo que ha sido. La celosía debe de haber roto el cristal de la ventana. Sí, eso es lo que ha ocurrido y por eso la pieza se ha inundado de voces, voces que la nombran, la llaman, la insultan, la quieren llevar donde ya no puede volver. Abandona la mesa en la que ha estado trabajando y vuelve a la cocina. Tal como ha pensado, no ha cerrado bien la celosía y nuevamente está batiendo, por suerte el cristal no está roto.

La cierra y luego enciende la hornalla para prepararse un té. Junto con el agua que hierve surge otra voz. Es una voz enamorada y esta vez el acento es mexicano:

—Señora, nos echan como limosneros de la ciudad que nosotros ayudamos a levantar.

Y sobre las últimas palabras oye otros acentos, montándose los unos sobre los otros. Voces sin rostro, voces sueltas en una cámara negra sin fondo, sin tiempo. Está medio sorda, de todos modos las escucha sonar en su cabeza. A veces le provocan miedo, otras, una sonrisa involuntaria que le hace levantar el labio caído y mal pintado.

—Putas, eso es lo que fue, una puta sin anestesia. Era una comunista. No, era sandinista. No es cierto, nunca conoció a San-

dino. Te equivocás, Sandino le dijo sonriendo: «Yo iré un día a la América del Sur», mientras jugaba con su hijo, con Parrita, con el mismo que años después se hizo amigo del librero Linardi. Estás exagerando. No, para nada.

El dolor que le provocan las imágenes de sus hijos apenas logran silenciar las voces que se resisten a desaparecer. No quiere pensar en sus hijos y tampoco quiere oír esas voces que continúan como si ella no existiera, como si se hubiera muerto. Como si estuviera muerta y, sin embargo, pudiera escuchar lo que dicen todos los que la conocieron, los muertos y los vivos. Como si estuviera en un ataúd, amortajada, pero capaz de oír todo lo que nunca pudo escuchar. Piensa eso porque hace poco volvió a leer a la Bombal y la escena se le quedó pegada en la imaginación. La boba de la Bombal nunca tuvo su talento y, sin embargo, los críticos, mala raza, la han endiosado.

El descanso sólo dura un instante. Las voces vuelven y la muerden.

—Era la sobrina predilecta del presidente Baltasar Brum. No tenía nada que ver con el presidente Brum. Ella era de Maldonado y la familia de Baltasar Brum era de Artigas. No, te digo que era sobrina de Baltasar Brum, el que se suicidó en plena calle. No. Ella mentía todo el tiempo. Usaba el supuesto parentesco porque era una oportunista. Hasta el pobre Siqueiros se creyó lo de Baltasar Brum.

Se tapa los oídos. Es inútil, no puede detenerlas. Siente rabia, mucha rabia, ¿por qué no la dejan en paz? Hace años que no se mete con nadie, hace años que está en la isla y que no quiere saber nada de los uruguayos, un país absurdo, un lugar sin sentido donde sólo nacen poetas y jugadores de fútbol, ¿por qué no la dejan en paz?

—Era un espíritu libre, dice alguien, y otro comenta:

—Hombre que veía, hombre que iba a parar al asador...

—¡Ah! Sí, ya me acuerdo, la llamaban colchón de América.

No se van a callar, no van a dejar de injuriarla, tiene que pensar en Esther, sí tiene que llamarla con todas sus fuerzas, Esther era una verdadera cristiana. Sale de la cabaña, va hasta el barranco y grita:

–Esther, Esther, Esther.

Sólo cuando llega hasta la orilla y logra mojarse la cara con el agua del Pacífico, logra calmarse. Esa ola que viene a romper sobre la roca grande se parece a la anterior. En realidad es única, solitaria y perfecta, cargada de espuma y de algas. Una ola enorme viene desde lejos, se acerca poderosa, pero finalmente no logra entrar en su amada bahía. Es una ola y es todas las olas. Antes podía distinguir las olas, podía incluso ponerles nombre. Decir: esa que viene allí, panzona, llena de vida y un poco tonta, es Juana, la tonta poeta coronada. Podía decir ésa es, ésa que está ahí es su amiga Esther y esa otra soy yo, pero ahora no. Ahora no logra distinguir una de otra, es una y es todas las olas. Las voces continúan hablando y ella sigue sin lograr silenciarlas aunque ya no importa, ha decidido volver a las fotos, las fotos colgadas en las paredes junto a sus cuadros, y las fotos apiladas en la caja de madera. Cuando regresa a la cabaña, abre la caja de madera taraceada que la acompaña desde siempre y siente que finalmente ha logrado vencer las voces.

Hace tiempo que la caja taraceada es simplemente «la caja de las fotos» y no «la caja taraceada» de los tiempos del colegio. Ha decidido revisar una por una todas esas fotos. No va a detenerse hasta lograr saber quiénes fueron esas mujeres que la miran con rostros familiares, quiénes fueron esos personajes que la están llamando y ella no logra recordar aunque algo le diga que son sus fotos, sus retratos y no las de otra persona. Esa mujer rubia que sonrío mientras mira a Josephine Baker parece ser ella, pero esa otra mujer vestida con una túnica mexicana también parece ser ella aunque no está segura.

De lo que sí está segura es de haber sido feliz. Lo es, vieja y rodeada de recuerdos, en esta isla que la acoge. También lo fue

antes de Robinson Crusoe, antes de esta isla de Juan Fernández que ahora se llama Robinson Crusoe gracias a mí y a que el presidente Ibáñez me hiciera caso, y a que Alessandri le cambiara el nombre. Antes de los enloquecidos viajes a Buenos Aires, antes de la fiesta que prometió la visita nunca cumplida de Chaplin a nuestro apartamento de artistas desterrados, antes de las deportaciones, y antes de que aquellos años con David y todos los demás pasaran a ser apenas una historia muerta más, apenas una fotografía, un olor persistente, un color hiriendo el recuerdo. Antes de las protestas callejeras y de las bombas, antes de la cárcel, antes de los hijos, antes del convento y de los motorizados días del bueno de Parra viajando por un Montevideo soñoliento que ni siquiera ellos lograban despertar y en el que no existía todavía la mole informe del palacio Salvo.



El convento era un edificio gris, oscuro y silencioso. ¿De qué otro modo podía ser? Las monjas apenas hablaban. Ni siquiera durante los recreos, cuando reventaba la inocencia de las niñas en el patio, era posible ver más colores que los conservados en las viejas fotografías en blanco y negro. Entonces dormían en la caja taraceada, ahora se han desbordado hacia las paredes y hacia las otras cajas acumuladas en esta casa que mira al Pacífico.

Las pupilas vivían encerradas entre los muros de ese convento montevideano, y muy de vez en cuando recibían la visita de alguien de fuera. Era difícil vivir sin escuchar el vocerío de la peonada aunque peor era no poder mojar sus pies en el mar. De noche, cuando terminaba la cena y la madre directora la recluía junto con las otras pupilas en el enorme dormitorio, el sufrimiento era insoportable. Después de la oración final, cuando se apagaban las luces y todo era silencio, lo único que podía hacer era jugar el juego de la memoria. Sólo de ese modo podía, si no vencer, al menos amaestrar la nostalgia.

La madre directora hacía la última ronda un poco después de las nueve. El cierre pesado de la puerta y la vuelta de la llave le anunciaban que ella y las demás pupilas habían quedado so-

las, cada una sepultada bajo las frazadas delgadas; recién entonces se volvía a ver corriendo en la playa protegida por la masa del Pan de Azúcar, su cerro, el cerro que la había visto nacer. Algunas noches se imaginaba que estaba de vuelta en la estancia y hasta llegaba a escuchar las guitarras de los peones; sólo así podía dormirse. Era un ritual rigurosamente observado día tras día, aunque mejor sería decir noche tras noche. Con los ojos cerrados, evocaba las mañanas verdes en la estancia y le contaba a la almohada: «Las heladas se deshacen con música de vidrio sobre los prados». A veces susurraba en la oscuridad: «Sube a los cerros el vaho de la tierra y el de las lenguas tibias de las vacas». Nunca le contaba a las otras pupilas lo que le decía a la almohada o a la oscuridad, sabía que no la entenderían.

Cada noche repite su memorioso juego y cada noche se vuelve a ver con los peones jugando a la baraja y a la taba mientras afuera sopla el vendaval. Cada noche se vuelve a ver recorriendo, aterrada, los inmensos cuartos de la casa paterna, cerrando las puertas y las ventanas, oyendo el ruido de la tormenta mientras la descarga eléctrica vuelve azules los campos y también los animales que se acercan temerosos a los ranchos. Cada noche recuerda el fin de la tormenta y el regreso de los peones a la mañana siguiente, cargando sobre sus mojados ponchos los corderos que la furia de la lluvia y del viento ha dejado guachos. Cada noche recuerda cómo los envuelve en sus faldas y cómo unta las encías tiernas de esos borregos sin madre con sus dedos humedecidos de leche. Cada noche vuelve a ser su madre y a jugar con su piel suave hasta que cansada se duerme, chupándose el dedo a pesar de que esté por cumplir diecisiete años y la madre directora le haya prohibido hacerlo.

Cuando el ritual blando de los corderos no es suficiente, cuando su cuerpo no la deja dormir y necesita acariciarse una y otra vez, recuerda su primer amor, el primer hombre que se le metió en el alma cuando apenas tenía siete años. Recuerda entonces el rostro de ese joven mestizo, audaz y valiente que la

Policía perseguía sin éxito. Recuerda la hermosura de ese «macho romántico», como le gustaba llamarlo, que sólo a los ricos saqueaba y que, como decía la décima, «en medio de la sierra, *vevía* como un *dotor*». Está segura de que era hermoso. Ése es su recuerdo; así tuvo que ser, se dice, y abraza la almohada.

Recuerda también que su héroe llevaba un gran sombrero sobre la nuca y también que los comisarios, los sargentos y los soldados perseguían a su Martín Aquino sin encontrarlo. Recuerda que rezaba sin rezos por la libertad de su amado. Prefiere olvidar que lo atraparon y en la pendiente del sueño ve confusamente a Martín Aquino sorprendido por la partida de soldados en medio de un camino, cree recordar, o quizás ya esté soñando que se defendió; que Martín también mató a sus perseguidores.

Le habían dado la voz de alto en una isla de ceibos cerca de un arroyo de escaso caudal. Martín había continuado y al verse rodeado intentó enfrentar la partida. La luna recortada entre las nubes hacía que las casas y, más atrás, los árboles parecieran alargados y torcidos. En ese paisaje lunar Martín se había defendido como un tigre de la llanura echando chispas, los soldados de la partida sólo habían podido detenerlo luego de acribillarlo a balazos. El cuerpo había quedado revuelto con las flores encarnadas de los ceibos y no se lograba distinguir el púrpura de la sangre del color de la llanura.

Nunca llega a evocarlo muerto. Para el momento en que puede alcanzar a distinguir el rostro apagado de su héroe entre las sombras que inventa el juego de nubes y luna, ya se ha dormido y la luz de la vela que ilumina el Sagrado Corazón continúa luchando por no extinguirse. Así es cada noche. Así fue cada noche durante muchos meses, así fue hasta que apareció Perra del Riego, así fue hasta la noche que la robó del convento. De esos días tampoco puede recordar palabras, sólo imágenes.

Árboles y postes pasando a una velocidad insospechada cuando corría por los campos de Maldonado. Hombres y mujeres apartándose, espantados ante el avance infernal de la má-

quina de Parra que se ríe feliz y lleno de vida conduciendo su motocicleta por las calles estrechas de la Ciudad Vieja, dando vueltas y vueltas alrededor de la plaza Zabala. ¿Son imágenes lo que recuerda o son palabras? Lo ha contado tantas veces que ya no está segura de si lo que recuerda son vivencias o palabras. No, se corrige, son los versos de Parra.

—Mi motocicleta es alegre como el sol, le dijo Parra una tarde mientras recorrían la ciudad. Mi revólver tiene doce tiros y mi motocicleta es alegre como el sol, volvió a decir y con la voz llena de viento, le gritó: éstos son versos del «Polirritmo de la motocicleta»; te va a encantar, pajarito.

Eso es lo que era cuando Parra la conoció, un pajarito, un pobre pajarito enjaulado. Parra había llegado al convento una mañana de invierno acompañando al poeta Carlos Sabat Er-casty. Sabat iba a ser contratado como profesor de matemáticas por las monjas y Parra decidió acompañarlo para ver con sus propios ojos cómo era un internado. Acordaron que, mientras Sabat conversaba con la Madre superiora, él lo esperaría en el patio, sentado junto a los limoneros. En ese momento comenzaba el recreo y una fila de niñas salió disparada hacia donde él estaba. La vio venir, alta y delgada, con unas trenzas que le parecieron de oro aunque eran renegridas, y se enamoró irremediablemente. La muchachita parecía un tero corriendo y jugando entre los macetones. De inmediato percibió que a pesar de los rigurosos esfuerzos de las monjas por esconderla bajo el uniforme de colegiala, no habían logrado disimular su condición de mujer hecha y derecha.

Tiempo después Parra le dijo:

—Todo fue muy rápido. La mañana que llegué al convento te vi en un tren de colegialas que atravesaba el jardín. Me viste extraño, torpe y ensimismado en la contemplación de tu figura y cuando te me acercaste, pálida como una vidalita, para preguntarme si me sentía bien, si no necesitaba un vaso de agua, lo único que atiné fue a ofrecerte mi sombrero negro con un

gesto arcaico a lo sir Walter Raleigh. Creí estar soñando. Pasaba por allí la Madre superiora...

—Madre directora. No se dice superiora. Madre directora.

—Bueno, sí, directora, y ante mi silencio desconcertado, sonreíste y volviste con tus amigas a saltar a la cuerda con una risa sin fin. Yo me quedé como fulminado en medio del patio, deseando que la hora del recreo no terminara nunca y que si era posible, Sabat se demorara toda la eternidad. Rogaba a todos los santos y santas del colegio que la Madre directora le ofreciera clases de matemáticas, de astronomía, de poesía, de budismo, de lo que fuera con tal de que tuviera la oportunidad de seguir adorándote.

Después lo único que importó fue volver una y otra vez hasta que, burlando la vigilancia de las monjas, se la llevó corriendo por el más hondo lado de la noche en su caballo mecánico. Los marineros del puerto apenas se sorprendían al ver a esa pareja de jóvenes montada en la motocicleta, pero los paseantes del Prado se persignaban ante la ruidosa máquina que alteraba la paz de los árboles añosos, ante esa pareja que se reía de todo y de todos. Los empingorotados señores que salían de la catedral rumbo a la confitería del Telégrafo no podían creer que ese joven, de quien se decía era un poeta lleno de vida y de futuro, podía tener tan poco respeto por el Santo Domingo, alterando la misa con el ruido de sus vueltas incesantes alrededor de la plaza Matriz y luego enfilando hacia la plaza Zabala, una y otra vez y otra hasta que ella con los brazos abiertos le gritaba que lo amaba.

También de esos días es la primera foto. Está en una azotea, seguramente la de alguna casa de la Ciudad Vieja, aunque no está segura. Tiene una capelina blanca. Aparece con las piernas en posición de baile y se levanta la falda como si estuviera por hacer una reverencia o un saludo. ¿A quién? No lo recuerda, lo único que le ha quedado es esa foto y la idea de que pudo haber sido el propio Parra quien la tomara una tarde del verano de 1924.

Tenía poco más de dieciocho años y los que podrían saberlo están muertos, así que ha decidido escribir en el dorso: «Yo en Montevideo; contaba con catorce años y ya había publicado los poemas de *Las llaves ardientes*». Lo que la gente recuerda son las palabras. Los rostros se olvidan, también las voces, aunque el sonido se va yendo más lentamente. Por más que lo intenta no puede volver a oír la voz de Parra, por más que lo intenta no logra recordar ni su voz ni sus palabras. La foto ha terminado por imponerse a su memoria. Ahí está, de pie en una azotea. Los lazos negros de la capelina se le confunden con sus cabellos. ¿Así era? Es posible, se dice, y al devolver la foto a la caja taraceada se encuentra con la imagen de Parra moribundo.

—Ésta la conoce todo el mundo.

Las fotos no ayudan mucho, no le traen las palabras. Son trampas. Está convencida de que esos documentos mecánicos de la luz atrapada sobre papeles que siempre terminan por amarronarse son trampas que la memoria le ha hecho. Esas fotos no sirven para nada. Si pudiera volver a oír las voces. Pero no puede.

Le resultaba difícil recordar las voces, las palabras de esos años. También le resulta difícil evocar el rostro de los amigos de Parra en aquellos tiempos. El tiempo le ha jugado una mala pasada. De Juana de Ibarbourou no logra evocar más que las retamas con que decoró su cuarto de recién casada. Por más que lo intenta no consigue tener una imagen propia, una imagen que no deba a las fotos y a los libros. Trata de recordar a Juana tal como la había conocido y sólo logra volver a ver las imágenes congeladas por la historia y las publicaciones. La fotografía de la poeta con unas ojeras intensas, muy en el espíritu de la moda de los años veinte, ha borrado todo recuerdo propio de la Ibarbourou.

En cambio, la imagen de la loca visita de Casaravilla Lemos a su hogar de recién casada, avanzando con una lámpara de pie enorme en las manos, completamente abstraído en la recitación de su poema sobre la primavera, siempre la hace sonreír y

todavía puede evocarla, aunque también es cierto que estas últimas semanas lo ha logrado con mayor dificultad. Las únicas imágenes de esos años que no tiene problemas en volver a hacer presentes son las de la muerte de Parra.

Parra, su moribundo esposo poeta, tenía miedo de que fuera ella quien muriera. «Dale Dios mío, salud y fuerza/ Porque yo creo que se va a morir» había escrito Juan en plena luna de miel. Cuando le leyó esos versos, había pensado que su esposo era un romántico irremediable y no el poeta vanguardista que todos alababan. No sintió temor, ella sabía entonces que estaba llena de vida.

Hay poca luz en la habitación del hospital. Parra la mira con el mismo amor desmesurado con que le ha cantado a las locomotoras.

—Hemos sido felices, ¿verdad Blanca Luz?

—Sí, Juan; hemos sido felices.

—Otros se casan para vivir, nosotros nos casamos para morir.

—No digas esas cosas Juan. Tenemos mucho por delante; cuando te mejores iremos a Lima. Me tienes que mostrar los Andes, tenemos que llevar a Eduardito.

—Su novia joven se irá a la vida...

—...

—... Con otro novio de voz azul.

Ella no dice ni pregunta nada, no necesita decir nada. Todo lo que Juan piensa, ya lo ha escrito pocos días antes para despedir al compañero de sala en el hospital.

—Solo, olvidado se quedó muerto/ junto a mi cama del hospital. Su novia joven se irá a la vida/ con otro novio de azul. Sólo se muere lo que se olvida. Su novia joven se irá a la vida/ con otro novio de voz azul.

Recuerda el silencio, su silencio. Recuerda no haber podido decirle nada. Recuerda haberse quedado rezando y recuerda la mano de Parra acariciándole la cabeza. Reza como le han enseñado las monjas y su madre. Parra sonrío y ella reza, toda-

vía no ha perdido ese aire ambiguo entre colegiala y mujer que lo sedujo. La habitación ha adquirido un aire religioso y ellos están más unidos que nunca. Recuerda que poco después entraron los amigos y que Eduardo Dieste y Esther de Cáceres insistieron en que les tomaran una fotografía. Ella no quería. Parra insistió y exigió que aparecieran tomados de la mano. Cree que fue Dieste quien tomó la foto, aunque no está segura. Pudo haber sido el marido de Esther o el propio Mendilaharsu; pero no pudo haber sido Mendilaharsu. El joven poeta ya había muerto y el propio Parra le había hecho el homenaje. No, no pudo ser Mendilaharsu. Hace tanto que en realidad ya no logra recordar con precisión quiénes estaban con ella ese día, hasta es posible que haya sido un enfermero y que no estuviera ninguno de sus amigos. Tiene el vago recuerdo de que también estaba su hermana Violeta. Parra amaba a su hermana, decía que era «como un hada de cuento». El día en que nació su hijo Eduardo, había tenido fuerzas para enviarle una carta por medio de Violeta donde le contaba «si vieras cómo ha sido conmigo, ¡qué tierna! No me ha dejado solo, bésala y tú mi sangrecita querida recibe mi alma». Sí, Violeta había estado ese día, sin embargo, no quiere saber nada de esa hermana que tanto la ha criticado estos últimos años y decide borrarla.

—Violeta no estaba. Tampoco estaba la meona de la Ibarbourou. Esther sí, a Esther la recuerdo.

Está esperando la muerte de Parra y ella aprende rápidamente a estar sola. En la habitación vecina cree o quiere recordar, la esposa de Mendilaharsu la espera con Eduardito en los brazos. También cree recordar haber escrito una carta a su hijo mucho antes de que naciera, una carta que ocultó a Parra y que ese día escondió ya no sabe dónde, tal vez se la dio a Pombito. Pobre Pombito, muerto hace tantos años. No estaba sola, también estaba Violeta aunque bien pudo ser Esther. No, no estaba. Ya había decidido que Violeta no estaba.

No logra evocar todos los detalles aunque sabe, porque se lo ha dicho varias veces la propia Esther, que mientras ella re-

zaba a los pies de la cama, Parra pasó las últimas horas escribiendo un poema. Recuerda que luego de que su esposo muriera, la mañana amaneció, brillante y desnuda, colgada de la ventana como una niña feliz y que ella, mirando fijamente a los ojos de Esther, sí, ahora está segura, era ella y no Blanca Mendilaharsu ni la Ibarbourou quien estaba con ella, mirándola con resolución le dijo, como si fuera una sentencia inapelable:

—Me voy al Perú. Mi hijo tiene seis días y tengo los pechos llenos de vida. Los Parra tienen derecho a conocer al joven Eduardo Parra del Riego Brum.

Todavía conserva la foto del día en que se convirtió en la viuda del poeta Juan Parra del Riego. Es una foto oscura. Más que un intento por atrapar la vida de Juan, que se les escapaba sin que pudieran hacer nada, esa foto es una absurda rebelión contra el olvido. Tomada la tarde de un día de noviembre de 1925 hace ya casi sesenta años, ha perdido importancia. Esa mujer de veinte años que se apoya tímidamente en el borde de la cama de un tuberculoso que agoniza y sonrío mientras le sostienen la mano, no sabe quién es o cómo era. En todo caso no es la mujer que ahora cierra la caja de las fotos y mira caer la noche sobre el Pacífico. Siempre ha sido así: el esfuerzo, la necesidad de conseguir imágenes, imágenes que intentan atrapar lo que de otro modo se pierde en los sótanos de la memoria.

Recuerda haber tapado los ojos de Parra inmediatamente después de que expirara y recuerda haber evocado intensamente el momento en que habiendo dejado el convento, sube a la motocicleta y abraza la juventud de ese hombre que la ha salvado de sus terribles insomnios. Recuerda haber hecho un esfuerzo enorme por borrar las huellas de la muerte en el rostro de su esposo. Recuerda haber hecho un empecinado esfuerzo por lograr rescatar la imagen de un hombre alegre y lleno de entusiasmo. Eso es lo que recuerda: el esfuerzo.

La colegiala ha quedado atrás. Ahora es una mujer, una viuda que tiene un hijo de apenas una semana. De algún mo-

do, Parra y su muerte la han transformado. Ya nunca más volverá a tener miedo.

—Al Perú, me voy al Perú. Mi hijo tiene derecho a conocer la familia de su padre.

Después de tantos años, se siente derrotada. La foto del hospital repetida en libros y revistas ha enterrado toda memoria. Las retamas de Juana, la enorme lámpara de Casaravilla Lemos, los paseos en motocicleta, las caminatas por el Puerto, la sonrisa de Parra son palabras que ella y los otros han repetido. Por más que se esfuerce no logra recordar ningún rostro, ninguna escena que no sean las de las fotos de los libros y las revistas. Las imágenes se le han perdido. También sus palabras se le han deshecho. Las palabras que ahora recuerda son las que otros dicen que ella dijo. Sólo las palabras de los otros habitan su memoria. Esa mujer transida de dolor que parece congelarse en la recatada inocencia de una viudez inminente no es ella. Esa mujer que en la foto acompaña a un joven poeta agonizando en un pequeño país sudamericano no es ella, no pudo haber sido nunca ella. Esa mujer es una extraña que ha invadido su historia. Ella no soy yo. Yo es otra.

III



Por un momento pensó que no debía dejar a Eduardito con su abuela. Los Parra la habían recibido como una bendición y ella no podía seguir saliendo noche tras noche. Alguno de sus cuñados se lo había más que insinuado.

—¿No desearías quedarte a cenar?

—...

—Sería bueno que conocieras a unos amigos que vienen a casa esta noche. ¿No estás cansada de salir todas las noches?

Ella no contestaba. Por otro lado, Magda Portal insistía:

—No seas tonta, mujer. Tú eres poeta y sobre todo eres una mujer libre. Tienes todo el derecho del mundo a hacer lo que quieras. Además vas a poder conocer a Mariátegui, te va a encantar. Estoy segura.

—Tenés razón Magda, pero Eduardito.

En realidad, sí quería ir y apenas Magda le volvió a pedir que la acompañara, ella ya estaba lista para irse, recomendándole a la nodriza que no olvidara calentar, aunque no mucho, las mamaderas de Eduardito. No había podido conocer a Haya de la Torre, deportado años antes de que ella llegara a Lima, pero iba tener la posibilidad de conocer al otro grande de Perú.

—Trata de regresar temprano. Por lo menos esta noche, le rogó la madre de Parra.

—No, quédese tranquila. No vuelvo tarde, se despidió de su suegra y salió feliz del brazo de Magda. El trayecto hasta la casa de los Mariátegui no era largo y el tiempo se le fue preguntándole a Magda por su experiencia en Bolivia, por la de la cárcel, por *Bandera Roja* y sobre todo por Mariátegui y los otros personajes con que iban a encontrarse.

Al entrar vio un grupo animado, discutiendo y riendo, en el que no estaba el dueño de casa. Magda le había dicho que la mayor parte de los colaboradores de la revista *Amauta* iban a estar presentes esa noche.

Desde antes de llegar, acompañada de Magda y de un hombre, a quien habían encontrado en la acera y que cree recordar se llamaba Serafín, supo que Mariátegui la iba a deslumbrar. Ahora, frente a su figura de inválido, lo confirmaba. Sintió su fuerza intelectual en la mirada. Pero sobre todo sintió su pasión en el resplandor de los ojos y en el tono de la voz. Una voz que la sedujo como a todos los que se reunían día tras día en esa casa de Washington Izquierda cerca del paseo Colón donde vivía el joven editor de *Amauta*. Nunca se trató de atracción física, pero desde el comienzo supo que a ese hombre le iba a ser imposible negarle nada.

Mariátegui apareció empujado por una mujer, que luego supo era su esposa Anita, y seguido del poeta Eguren y de tres jóvenes escritores, Armando Bazán, Estuardo Núñez y otro que se llamaba Rafael y al que le decían Martín Adán.

—Mariátegui no es sectario, le había dicho Magda, en su casa suelen haber dos reuniones al mismo tiempo, mientras en una se conversa de literatura, en la otra se discute sobre cuestiones sociales y políticas.

—¿Quién me iba a decir cuando tomé el tranvía eléctrico en Barranco para venir a visitarlo que terminaríamos hablando de mi amado Romain Rolland? Venía diciendo Estuardo Nú-

ñez cuando se encontraron de pronto con Magda y Blanca Luz que acababan de entrar.

La sorpresa de Estuardo Núñez por la presencia de Magda era obvia. La última vez que la había visto, había sido poco antes de que se fuera a Vitarte a leer sus poemas revolucionarios, después había oído que se había refugiado en Bolivia huyendo de la Policía, que había publicado *El derecho de matar*, que nuevamente había tenido que escapar de la Policía, esta vez boliviana, y que al llegar a Perú la habían puesto en la cárcel. Encontrarla en casa de Mariátegui era una visión un poco inquietante. Después de todo, a él y a Martín Adán, les interesaba más la literatura que la política y esa mujer más que poeta era una revolucionaria.

—¡Qué sorpresa! La célebre Magda Portal en persona, dijo Estuardo Núñez.

No tuvo tiempo de responder. Eguren se había adelantado a saludar a Blanca Luz al tiempo que preguntaba:

—¿Y esta hermosa señorita, también es revolucionaria?

—¿Quién?, pregunta alguien, y de inmediato ve a un hombre de sonrisa amable que avanza en un sillón de ruedas impulsado por una mujer.

—Ella es la amiga uruguaya de quien te había hablado, dice Magda, y en la voz se le nota una relativa molestia. De algún modo intuye que Blanca Luz no va a pasar desapercibida y que, como le han comentado los Parra, tiene poco de tímida, a pesar de su aire aniñado. Blanca Luz no ha perdido tiempo. Acercándose a Mariátegui se presenta:

—Blanca Luz Brum de Parra del Riego, para servirle, le dice con una sonrisa mientras estudia a ese hombre pálido, casi transparente, ese hombre que ahora la recibe cordial y que la invita a unirse a los otros.

Con las manos sobre la caja taraceada, no puede evitar volver a ver, por detrás de la imagen del dueño de casa, una inmensa flor blanca sobre un estante lleno de libros. La misma

magnolia que esa noche va a terminar en sus manos y que en ese momento se le aparece como algo incongruente. La imagen de la flor se le junta a la mano que le tiende Mariátegui apenas apoyado en la esterilla del respaldo mientras le da la bienvenida a su casa.

—Encantada de conocerlo. He oído hablar tantas maravillas de usted que me parece imposible estar en su casa.

No puede decir nada más, alguien le toma la mano después de besársela con una mezcla de modales aristócratas y bohemios, le dice:

—Perdona José Carlos, pero no puedo contenerme. ¿No me vas a presentar?

—Señora, le presento al imposible César Alfredo Miró Quesada, poeta y alma soñadora.

—César, la señora es la viuda del poeta Juan Parra del Riego, recién llegada de Montevideo.

No pudieron seguir conversando, la discusión del grupo de sindicalistas y de intelectuales continuaba y todos parecían haberla olvidado. Se molestó un poco. En realidad, recordó que se había molestado bastante. No haberse convertido de inmediato en el centro de la reunión, como le había ocurrido siempre en Montevideo, era algo nuevo para ella. Incluso cuando había llegado a la casa de su suegra en Lima, su éxito había sido instantáneo y rotundo. Al mismo tiempo, sentía que estaba absorbiendo un mundo de ideas y que su cabeza se le abría de un modo distinto a como le había ocurrido con Parra y el grupo de poetas uruguayos en el que había desembarcado luego de los años entre las monjas. Si Parra había hecho nacer la mujer que había en ella, esta gente le permitía hacer salir otra Blanca Luz.

Perú le había descubierto un mundo desconocido. En la primera de sus múltiples y contradictorias memorias, había escrito que los Andes la habían maravillado, pero que, al mismo tiempo, la miseria de los indios le había despertado la necesi-

dad de luchar por los desvalidos. En esta ciudad había empezado a comprender, como decía precisamente en ese momento Mariátegui, que la política era una actividad creadora y que la revolución era no sólo la conquista para los pobres del pan sino también de la belleza, del arte, del pensamiento. Era un modo diferente de pensar, algo que, a pesar del entusiasmo deportivo de Parra, la tibieza provinciana de Montevideo con aquellos poetas tan seguros de sí mismos, con aquellas mujeres tan dulzonas y amables, no le había permitido sospechar.

Vuelve a leer las cartas de Mariátegui que acaban de ser publicadas en Italia y que encontró en una librería de Providencia en Santiago hace unas pocas semanas. Toda la tarde se ha pasado leyendo a Mariátegui, a César, a Magda y a sí misma. Lee y se vuelve a leer nuevamente. La sensación es extraña. La mujer que escribía a Mariátegui y a quien Mariátegui le respondía, tenía un lenguaje parecido a la de esta mujer que intentaba recordar sus años de joven viuda y, sin embargo, al mismo tiempo era otra.

Había comenzado a recorrer América, esa América sumergida en arañas y sueño, en noches monolíticas, sobre sepulturas indígenas, sobre arquitecturas imposibles de imaginar en los campos natales de Maldonado. Descubría América y descubría la pasión por la justicia en las palabras de Magda, en los gestos de Mariátegui, en la atención del muchachito Bazán que anunciaba su viaje a Francia y que seguía la discusión como si estuviera en misa, en la defensa que María Wiese hacía en ese preciso instante de sus ideas y que ahora le pedía su opinión y ella hacía un gesto de que sí, de que estaba de acuerdo, pero que prefería seguir así, escuchando, esperando su momento.

Recordaba todo eso, nombres que ahora no son más que nombres. Nombres de personas que había conocido y querido, que habían sido sus amigos y que ahora no estaba segura de qué había sido de ellos, de dónde habían ido a parar. ¿Quién era o quién había sido María Wiese? Estaba convencida de que ése era el nombre de la mujer que esa noche le había pe-

dido su opinión sobre algo que ella no puede recordar ahora, pero no logra saber quién era o qué hacía. Tuvo la sensación de que esa noche había habido otra gente, pero por más que estaba segura le era imposible recordar rostros o gestos. Apenas algunos nombres: Wiesse, Basadre, Serafín del Mar. Sólo eso, algunos nombres, demasiados nombres.

Se sentía cómoda y esperaba su momento, una oportunidad que todavía no había llegado aunque estaba segura de que iba a ocurrir en poco tiempo. Ella misma estaba sorprendida de su silencio. O de recordarse en silencio. ¿Cómo había podido quedarse tanto tiempo callada, escuchando? No, no había sido así.

César Miró no le había sacado los ojos de encima desde que los presentaron, pero justo en el momento que parecía intentar cambiarse de lugar para hablarle, por encima de la conversación, se empezó a escuchar un ruido creciente. Eran soldados marchando por la calle, haciendo sonar sus botas con fuerza. César y ella se acercaron a la ventana.

—Son las huestes de Viracocha, dijo Mariátegui recordando el seudónimo que el propio Leguía se había adjudicado intentando conectarse con las glorias del pasado incaico. Todavía con el mismo tono irónico Mariátegui agregó:

—Supongo señora que ya habrá tenido ocasión de conocer a nuestro jefe máximo, el Viracocha Leguía, presidente y dictador de Perú en estos infames años veinte.

No pudo responder de inmediato, Magda interrumpió:

—Ten cuidado José Carlos, puedes acabar en San Lorenzo, y entre profética e irónica agregó, Viracocha va a terminar por sacrificarnos a todos. Piensa en Belaunde, en Raúl Haya...

—Y en su mismo ministro, metió preso al propio Tigre, se apresuró a decir alguien, posiblemente Serafín del Mar o quizás fue la Wiesse. Sí, pudo haber sido esa mujer. ¿Qué hacía? ¿Por qué estaba allí? Tengo que preguntarle a Seoane quién era la tal

Wiese, pero de inmediato se da cuenta de que también Seoane está muerto.

—A su propio primo, dijo a media voz César que al igual que ella escuchaba más que hablaba. Y mirándola a los ojos agregó: Usted ha venido a vivir bajo una dictadura. Viracocha como un dios terrible nos va a terminar comiendo a todos.

Todavía se escuchaba el ruido de los militares en la calle cuando decidió que había llegado su momento.

—Sí, lo conocí y me pareció un hombre encantador. Un hombre que podría ser mi amigo. Mi tío el presidente Baltasar Brum me dio una esquila para él, agregó confiada en que nadie iba a dudar de sus palabras.

—Señora, comenzó a decir Mariátegui, pero César Miró lo interrumpió.

—Mi querida Blanca Luz, puedo llamarla así, ¿no es verdad? Mi querida Blanca Luz, Leguía es un oportunista y siempre lo ha sido. Leguía no es el primer dictador que seduce a una mujer hermosa.

—Blanca Luz es una gran poeta y además una excelente recitadora. Mejor que Bertha Singerman, intervino Magda, y tratando de cortar la conversación agregó, deberíamos pedirle que nos recite algunos de los poemas de Parra y también algunos suyos.

Ahora sí había llegado su momento y sin dar tiempo a que se arrepintieran comenzó a recitar los poemas de su Parra del Riego para luego seguir con los de ella. Leyó con énfasis y sin mover las manos. El momento de mayor éxito lo consiguió con el poema que había escrito en homenaje a José Batlle y Ordóñez. Supo que había logrado lo que quería cuando al terminar de recitar el poema, Mariátegui se lo pidió para publicarlo en el siguiente número de *Amauta*.

Estuardo Núñez recordaría, casi setenta años después, que «la alegría de Blanca Luz, una muchacha muy habladora, había creado un ambiente de fiesta el día que llegó a Washington Iz-

quierda. El propio Mariátegui entusiasmado le había obsequiado una flor que Anita tenía en la biblioteca y ella se la puso a la española, en la oreja. Era una magnolia enorme, un poco ridícula, pero a ella le lucía de maravilla». Sí, la reunión de *Amauta*, por lo general seria y grave, parecía querer convertirse en una fiesta. Ni siquiera el desfile de las tropas de Viracocha Leguía iba a impedir que la noche terminara en fiesta. Eso parecía decirle César Miró, que junto con los otros jóvenes más jóvenes, el propio Estuardo Núñez y Martín Adán, estaban deslumbrados frente a esa uruguaya que acababa de llegar aureolada con el hecho de ser la joven viuda del gran Parra del Riego y que además, terminaban de descubrir, estaba emparentada con un presidente uruguayo.

—Es hermosa, realmente hermosa, le susurra Estuardo Núñez a Martín Adán, y además tiene linda figura.

—Tiene vida y no es estudiada, pero sus poemas no son buenos. Mariátegui se equivoca, respondió Adán y terminó sentenciando, mejor hembra que poeta.

Ella no los escuchó. Estaba radiante, la vida en Lima empezaba a ofrecerle mucho más de lo que había imaginado al dejar Montevideo. Por un momento se olvidó de la reunión pensando en lo que había dejado atrás, pero la voz de César Miró la devolvió al presente.

—Es usted encantadora, encantadoramente inocente. El entusiasmo del joven evidenciaba algo más que admiración por las condiciones de recitadora de Blanca Luz.

Parra estaba muerto y este joven apenas un poco menor que ella, este joven que no pasaba los diecinueve años y que no dejaba de mirarla, tenía una hermosura particular. La discusión sobre Leguía fue retomada para ser seguida por otra sobre si el Apra era un partido o un frente. Mariátegui argumentaba que la intención de Haya de la Torre de definir el Apra como un partido era una maniobra política propia de un oportunista y seguía tratando de convencer a Magda de que debía afiliarse al

Partido Socialista. Magda no estaba de acuerdo y se lo hizo saber a Mariátegui:

—El Partido Socialista, querido compañero, es menos oportuno que el Apra. Menos oportuno y menos peruano que el Apra.

Hubo un momento de tensión, pero casi enseguida la reunión volvió a encenderse. Tema tras tema terminó derivando en anécdotas políticas, lecturas de poemas y entusiasmos múltiples.

No había podido conversar a fondo con Mariátegui; sin embargo, lo había hecho con ese joven de barba naciente y apasionado que tenía una mezcla de artista decadente y revolucionario que la fascinaba. Se vieron todos los días, ya con el pretexto de las revistas que Magda Portal estaba publicando, ya con el de las reuniones secretas en que se complotaba contra Viracocha. Pronto, pasó de colaborar con Magda, con Serafín y con César a dirigir *Guerrilla*, su propia revista. Se sentía llena de vida. Cada día era una agitación permanente y en todas partes lograba convertirse en el centro de la reunión.

El mismo éxito, la misma popularidad instantánea que había logrado en Washington Izquierda, la obtuvo en la Escuela Nacional de Bellas Artes. El pintor José Sabogal la había invitado la noche de su llegada. Era una escuela dirigida al indigenismo, sobre todo por la presencia de Sabogal, quien junto con otros artistas más jóvenes, acompañaba desde la plástica la obra de *Amauta*. Blanca Luz se presentaba todas las mañanas en la tertulia de la Escuela que se hacía al aire libre, a veces iba con Eduardito y la nodriza, pero la mayor parte de las veces iba sola. Ahí, frente a una multitud de jóvenes, tan abiertos y extrovertidos como ella, recitaba los poemas de Parra. Era su carta de presentación. Comenzaba con Parra y luego seguía con sus propios poemas. Promovía la obra de su marido y de paso su propia obra. Fue en una de esas mañanas que alguien, otro nombre, un tal Devéscovi, le hizo el retrato a lápiz que ella misma después hizo publicar en Costa Rica en *Repertorio Americano*.

Iba y venía por toda Lima. A pesar de la violencia y de la dictadura, todo continuaba. ¡Y cómo! Lima se transformaba. Las vías del ferrocarril se multiplicaban. Se construían nuevas plazas, nuevos edificios públicos, incluso un hipódromo al que se moría de ganas por ir pero que César y Magda despreciaban porque era el «antro repelente» de la burguesía limeña.

—Esta riqueza nueva, este crecimiento no puede ocultar la miseria. No te engañes Blanca, le decía César.

—Todos sabemos de dónde sale la plata para estas obras, le dijo un día Magda. Todos sabemos de dónde sale y sobre todo adónde va.

—¿Y adónde va?

—A los bolsillos de Juan Leguía, el hijo de Viracocha. Ha recibido una fortuna en comisiones de los yanquis.

—¿Y Viracocha no dice nada?

—Por eso te adoro, mi palomita, mi preciosa uruguayita, dijo César, eres de una inocencia total.

—Déjate de mariconadas. ¡Basta con eso de la inocencia!, saltó Blanca Luz. ¡Inocencia un pepino! ¡Inocencia tu madrina! ¿Te pensás que soy como las mujeres de tu familia? Te equivocas, te equivocás y mucho.

No le gustaba nada ese piropo reiterado, en verdad la irritaba. Ella se sentía llena de espíritu revolucionario; más ahora, cuando desde hacía unos meses visitaba a Mariátegui por las tardes y se sentía crecer. La conversación era ágil, aguda, Mariátegui le contaba de su viaje a Europa, de su visita a Siena, donde había conocido a su esposa, esa misma Anita que entraba y salía cuidando a los niños y que él miraba con un amor inmenso. Ella a su vez le contaba de sus proyectos y él, astuto, le tiraba la lengua y también con picardía le pedía que le contara los chismes que ella iba recogiendo en ese frenesí en el que vivía.

La publicación de *Guerrilla* la había absorbido hasta el punto de apenas tener tiempo para atender a Eduardito. Se pasaba

horas en la imprenta Minerva, preparando los materiales, seleccionando los poemas que iba a publicar y sobre todo apurando a los linotipistas y peleando con el hermano de Mariátegui que se tomaba muy a pecho lo de ser gerente de la imprenta y la andaba siempre molestando con los costos; una y otra vez le venía con cosas que ella no entendía y que además no le interesaban. Cuando no estaba en la imprenta, escribía poemas o se paseaba con César desafiando a los limeños. Más que desafíos sus paseos eran provocaciones abiertas, como había ocurrido el día que ella y César se cruzaron con Santos Chocano.

Estaban en medio de la plaza San Martín cuando el poeta se les apareció. Ella lo reconoció y de inmediato comenzó a gritar: «El asesino... el asesino... Aquí está el asesino del joven Edwin Elmore». César no se quedó atrás y mientras gritaba le daba vueltas dando saltos. Santos Chocano, además de ser el poeta peruano vivo con mayor fama en todo el continente, era un hombre violento y sin embargo, no hizo nada. Frente a la belleza y a la juventud de Blanca Luz sólo pudo sonreír y apuró el paso. Acababa de salir de la cárcel y no quería complicar más su situación. Al poco rato se había juntado un enorme grupo de estudiantes que, liderados por ella y César, lo siguieron durante varias cuadras gritando: «Asesino, asesino», «Poeta asesino de poetas, asesino, asesino».

Esa noche en Washington Izquierda, César lo comentaba ante la risa de los colaboradores de *Amauta* y el silencio paternal de Mariátegui.

—¿Qué les parece la inocente uruguayita? ¿Quién hubiera dicho que la autora del poema a Batlle y Ordóñez era, además, capaz de enfrentar nada menos que a Santos Chocano? Preguntaba César Miró, y más que preguntar lo que hacía era mostrar públicamente, con orgullo de enamorado, la admiración que sentía frente a Blanca Luz.

—Basta de «palomita» y todas esas mariconadas, le gritó a César y salió, dando el asunto por terminado.

No, ella no era inocente. No tenía nada de inocente o en todo caso había perdido la inocencia hacía mucho tiempo. Ella era «una encendida revolucionaria», no era ella quien lo decía, el propio Mariátegui se lo había escrito a su amigo Malanca y ahora más de cincuenta años después lo lee en la correspondencia que acaba de publicar un italiano. Lee cómo Mariátegui habla de la «llama de entusiasmo, del culto de la sinceridad que se encuentra muy poco en América y especialmente en revolucionarias como Blanca Luz Brum». Cierra el libro y se sonríe. Así era ella y no una «blanca palomita» como decía César.

Ella, Magda, Serafín, César, todos vivían corriendo de un lugar para otro, cuando no eran las reuniones de *Amauta* eran las reuniones de discusión política y cuando no eran ninguna de las dos tenían que preparar la edición de *Guerrilla*, escribir poemas, cartas, «sembrar los tiempos para la justicia futura». Todo fue así hasta una noche de junio de 1927.

Como tantas otras veces, el grupo de colaboradores de *Amauta* estaba reunido en el local de la Federación Gráfica. Estuardo Núñez había llevado una reseña sobre la biografía de Napoleón que había escrito Emil Ludwig y Martín Adán lo había acompañado. César y Magda discutían con ella el último número de *Guerrilla*, mientras Mariátegui y su hermano revisaban los documentos que se iban a tratar en la reunión semanal. Sobre medianoche oyeron unos golpes en la puerta, al principio pensaron que sería Martín Adán que se había despedido un poco antes porque la parte literaria de la reunión había terminado. Mariátegui dijo que no, que seguramente serían los compañeros de la prensa que él había citado. Pronto se dieron cuenta de que estaban equivocados. En el momento que irrumpió la Policía, estaban discutiendo la compra de una pequeña imprenta con la que podrían hacer cierta la fundación de la Imprenta de la Confederación Obrera. Primero entraron los agentes y luego el jefe de policía que empezó a llamar uno por uno a todos los que habían escrito aunque fuera una línea

en *Amauta*. Luego, a los gritos de que se trataba de una reunión comunista, se los llevaron a la Intendencia.

César Miró y algunos de los obreros intentaron resistir. Fue inútil. En el caos de voces enfurecidas, de policías y soldados que rompían mesas, de papeles que volaban, ellos fueron empujados a un auto que recorrió las calles de Lima mientras la gente continuaba su rutina diaria. La Policía había venido a clausurar *Amauta*. Había hecho más, había arrestado a cuatro de los estudiantes y a varios de los obreros que estaban en la reunión. Destrozaron las instalaciones y esa misma noche encarcelaron a más de cuarenta, entre escritores, intelectuales y obreros.

Al otro día, *El Comercio* tituló: «En el complot comunista hay implicadas dos mujeres». A ella no la nombraban, pero sí a Magda Portal, de quien hacían un extenso historial destacando sus actividades ilegales. Tampoco mencionaban a César, los Miró habían dado órdenes expresas de que no debía hacerse ninguna referencia al «incómodo bohemio» de la familia que había tenido la desgracia de juntarse con lo peor de la intelectualidad peruana. A Mariátegui lo llevaron al hospital Militar dado su estado de salud y lo mantuvieron detenido durante seis días. A los demás, incluida Blanca Luz y Magda Portal, los demoraron en la Intendencia de la Policía unas horas mientras decidían qué hacer. A Serafín del Mar, a César y a los otros, luego de unos días en la Intendencia, confundidos con vagos y rateros, una medianoche, se los llevaron, en un carro celular, como presos políticos al Callao rumbo a la cárcel. Del Callao, los transportaron, en lancha, a la isla de San Lorenzo, donde estaba la prisión más temida de la época. A ella la dejaron libre aunque con guardia en la puerta de su casa y a los pocos días Leguía la «honró» con una orden de deportación.

Empezaba el mes de junio y hacía frío. En San Lorenzo eran cerca de cincuenta los hombres que, alojados en un pabellón que había sido estación sanitaria de cuarentena, compartían un número inferior de catres viejos, sin colchones, cubiertos con sacos de yute y trapos viejos. Los presos dormían

vestidos y a César le tocó compartir una misma cama con el poeta Serafin del Mar. Se bañaban con agua helada y lo único que podían hacer era mirar de noche las luces del puerto. A las tres semanas César no pudo resistir más. Mientras ella esperaba la deportación, César empezó una huelga de hambre. Uno de los colaboradores de *Amauta*, posiblemente Basadre, intentó disuadirlo diciéndole que el resto de los presos creía que lo único que iba a conseguir era que los dejaran en San Lorenzo para siempre, pero él se negó. César respondió que tenía razones poderosas para hacer esa huelga, no dijo cuáles. No era necesario, todos las conocían. La razón era Blanca Luz. Ella y el casamiento que estaban preparando los jóvenes editores de *Guerrilla*.

San Lorenzo, 28 de junio

¡Blanca mía, mi Blanca Luz! ¡Qué suave paz me trae tu nombre! En medio de esta soledad, de esta injusta soledad mía, tu nombre es una frase de ternura que dulcifica estas horas de cárcel impiadosas y horribles. ¡La libertad es una palabra que nació en la cárcel! Yo sólo he perdido esa libertad. ¡Me la quitaron cobardemente y hoy quieren también robarme la libertad del corazón! ¡Canallas! ¡Mi voluntad es más fuerte que vuestra fuerza! ¡Miserables mil veces!

Hoy estoy en el tercer día de hambre. Mis músculos se van debilitando, pero mi espíritu es cada vez más fuerte. Y cada día que pasa te siento más cerca de mí. No hay sacrificio bastante grande cuando éste se hace por un ideal puro. Y ¿no es el amor el más puro de los ideales? Me siento feliz, porque sé que este sacrificio ha de acercarme a ti. ¡Han pasado tantos días! He esperado con ansia una noticia tuya y al fin ha llegado. Soñé que las gaviotas me traían tu voz en el pico. ¡Cuándo más triste estaba ha llegado tu alegría a hacer palpar mi corazón de entusiasmo! pero he comprendido que es necesario luchar. Yo no puedo permanecer impassible mientras tú sufres por mí. La «huelga de hambre» es la única fuerza que yo puedo mover. No importa lo que venga después. ¡Nuestro amor debe estar sobre todas las cosas! ¡Esto no lo comprenden ellos! ¡Pero no saben que luchan con un

hombre! ¡Qué fuerza da el amor! Estoy dispuesto a sacrificar mi vida si fuera necesario. Quieren separarnos y para esto me encierran cobardemente, hasta que tú abandones el país. ¡Ridículos! ¡Me río de sus armas de villanos! Yo sabré vencerlos. ¡Yo les enseñaré a pelear con el pecho desnudo y de frente al peligro! Y para esto no tengo otro arma que el amor. Blanca Luz mía: Yo te ofrezco este sacrificio. «La huelga de hambre» suena en mis oídos como un grito de guerra. Recuerdo en este momento la célebre frase del capitán de la guardia francesa: «¡Mierdas! ¡La guardia muere, pero no se rinde!».

Los Miró Quesada, dueños de *El Comercio*, pertenecían a la aristocracia limeña y, aunque les molestaba la extravagancia de tener a uno de sus miembros entre los comunistas y bohemios del círculo de Mariátegui, no podían permitir que uno de los suyos estuviera preso. Eso, sin embargo, no era lo peor. Una cosa era tener una oveja negra en la familia, pero lo más grave era que una mujer como Blanca Luz entrara a formar parte de los Miró Quesada. Los padres de César no tuvieron dudas y prefirieron que su hijo fuera deportado. Cualquier cosa era preferible a que continuara sus amores con esa uruguayaya. Además y por si fuera poco, Blanca Luz era un personaje molesto para el gobierno. Así que forzaron la partida de César. Los jóvenes, sin embargo, no estaban dispuestos a separarse. Al menos César no lo estaba y organizó el casamiento que les permitiría reunirse aun cuando tuviera que ser fuera de Perú.

Ahora está sola, hace unos días se casó por poder con César. Hace una semana que trasladaron a César de la cárcel de San Lorenzo a Lima y que partió para Valparaíso. El novel marido la ha dejado en este hotel, en medio de una soledad que refuerza su destierro. Le han prometido que le traerán a su hijo en el momento de salir. Ninguna víspera de viaje ha sido más triste. Como un muñeco ha abierto y llenado las valijas y ha preparado los pasaportes y los tickets. Ve la neblina de un puerto y el amanecer frente a una ciudad rendida. No quiere irse sola, quiere respirar un poco de aire, pero no la dejan salir.

Magda y Serafín también han sido desterrados y han terminado por instalarse en La Habana. Tiene el presentimiento de que a partir de este día comenzarán a aparecer los hoteles de pasajeros con caras maniáticas y suicidas. En unas horas más la deportarán a ella. No está feliz, en realidad nunca ha visto un pasajero feliz. La radio la saca de su ensimismamiento y le recuerda que está en un país hispano.

Borra lo anterior. Lo de la radio, se dice, no es de esa época ni de ese destierro. La memoria me está haciendo trampas. Lo de la radio tiene que haber sido en Estados Unidos y no en Perú. No está segura y revisa lo que escribió en *Blanca Luz contra la corriente*. No puede precisarlo. Quizás pudo haber sido en el Callao mientras esperaba la salida para Valparaíso. Recuerda eso sí, porque acaba de leer en la correspondencia de Mariátegui, que unos días antes del allanamiento y de la clausura de *Amauta* le dijo:

—Sé que en las ciudades se están muriendo millones de hombres y niños sin trabajo y sin pan. Sin embargo, no faltan quienes engordan adentro de las universidades y pierden el contacto con la naturaleza y las luchas humanas. Usted es diferente. Sólo los apasionados como usted pondrán siempre en juego su sangre.

—Blanca Luz, usted no puede negar su condición de poeta y de revolucionaria. Tenga cuidado, dicen que Leguía la tiene vigilada.

—Leguía no, Mariátegui, Viracocha.

Lee y recuerda haberle dicho con una convicción nueva y sin dudas.

—Viracocha y la burguesía. La burguesía que es egoísta, avara, viciosa, idiota: es bestial. Hay que desenmascararla a cada rato, agredirla, patearla, engañarla, despedazarla.

—Eso merece ser escrito.

—Ya lo hice, contestó ella sonriendo, ya se lo enviaré cuando lo publique si es que para entonces Viracocha no me ha

desterrado. Mire ese niño, cortó ella tratando de ocultar la emoción, mire a su Sigfrido, como siempre está metido debajo del escritorio. Vení, vení Sigfrido. Un día voy a traer a Eduardito para que juegue contigo.

Nunca llevaba a su hijo en sus andanzas y esa vez tampoco fue posible. A los pocos días ocurrió el allanamiento de la imprenta y después con Mariátegui en el hospital y los otros en San Lorenzo la vida cambió por completo. César y ella, después de un tiempo en Valparaíso, viajaron a Buenos Aires.

La foto de Valparaíso del 28 de enero de 1928 documenta el cambio. Blanca Luz camina por una calle del viejo puerto cubierta con una capa negra y seguida por la nodriza que lleva en brazos a Eduardo Parra del Riego Brum. Poco queda de la colegiala que el poeta robó del convento. Ahora la foto muestra a una mujer que ha sido deportada de Perú por revolucionaria. Y aunque la dedicatoria en el reverso de la foto, —«Para mi linda y adorada hermana, mi orgullo y mi esperanza con un abrazo largo de su sobrino y Blancaluz»—, pretenda mantener ante su familia la imagen de antes, esta mujer en exceso delgada que camina por Valparaíso en el verano de 1928 seguida de una joven aindiada de uniforme que carga a su hijo, nada tiene que ver con la internada del convento que su familia recuerda.

Unos días antes de dejar Chile, le escribe a Mariátegui:

Le mando esta carta hoy primer día de febrero de 1928 desde Santiago. No me pregunte nada de mis días en Chile, aquí da vergüenza mirarse la cara en un espejo y saber que es uno. Uno que se está aguantando tanta inmundicia y tanta mariconada, uno con el pico cerrado y los ojos cerrados y la vergüenza cerrada, ¿qué le parece la Asociación de Profesores, esos sirvientes del carabinero Ibáñez? Y esos «poetas de vanguardia» el Seguel, el Díaz Casanueva, el Rosamel del Valle, etcétera ... a todos éstos los tengo marcaditos como ganado nuevo. ¡¡¡Ya!!! Sin embargo, de repente se siente patallar el Apra, por ejemplo, cuando cae preso una, dos, tres veces

el camarada Mendoza, con él se irá a Buenos Aires todo el Apra de Chile. Yo como de costumbre, he peleado con una cantidad de maricas. El único macho y verdadero revolucionario es Humberto Mendoza fundador del Apra y de grandes actividades obreras. Chile no tiene juventud, aunque pretendan excusarse con la dictadura. Perú la tiene hace ocho años. Y si algún movimiento revolucionario ha habido en este período, ha sido para un simple cambio de silla «del cuartel a la Moneda» y de la Moneda a la calle y una patada en el traste (Ibáñez, Alessandri) y siguen las intrigas políticas y siguen revoloteándose. Casi todos los jóvenes son alessandristas.

Me gusta chismearle un poco para entretenerlo como en las lindas tardes que caía por su casa y usted muy pícaro y muy astuto me tiraba de la lengua. ¿Qué más? Estoy preparando un libro de prosas, se parece a una novela y se llama *El reloj de las imágenes caídas*. Miró Quesada y otros apristas bonaerenses se burlaron de mí porque los invité a formar un ejército libertario para ir a Nicaragua junto a las tropas de Sandino —¡qué le vamos a hacer!—. Usted sabe que no tengo pose, yo no tengo la culpa que las cosas más verdaderas y dolorosas de mi alma tropiecen con la realidad y con la imbecilidad de un modo cómico. Pero siempre soy la misma. Cuente conmigo de todos modos. Abraze a su madre, a los camaradas linotipistas que tanto embromé con *Guerrilla*, a todos, y siempre a usted, mi entusiasmo y mi fe.

Blanca Luz

Ahora, mientras ve avanzar la noche sobre las chontas que rodean su cabaña en la isla de Robinson Crusoe, piensa que ha debido tragarse esas palabras. No sabe cómo pudo escribir esa carta. El mismo Ibáñez iba a terminar siendo su amigo, incluso su protector. Entonces no lo sabía. Después de todo, Chile acabó siendo mi patria querida, la verdadera. Tampoco es cierto que nunca haya visto un viajero feliz. Ella misma ha sido una viajera feliz. Esta que es ahora es una viajera feliz. Dentro de pocas semanas se embarcará para Tokio y la idea sigue entusiasmándola. Mientras retira la página de la máquina

de escribir, se da cuenta de que se ha pasado la vida viajando, que la isla no ha sido más que una sala de espera entre viaje y viaje, que la cabaña no ha sido sino una suerte de hotel, un descanso entre aeropuertos. Sí, ha debido de tragarse esas palabras, se dice mientras ordena las páginas del manuscrito, luego se saca los lentes y decide salir a mirar cómo la luna ilumina las copas de los árboles.



En Buenos Aires había una inmensa cantidad de peruanos, tanto de los que apoyaban a Haya de la Torre, como Manuel Seoane, como de los que, al igual que ella, pensaban que Mariátegui era quien estaba en lo cierto. Junto con César, que ha conseguido un puesto en el Ministerio de Educación, continúa editando *Guerrilla* y apoyando la obra de *Amauta*. De algún modo, es como seguir en Perú y se pasa gran parte del tiempo intentando bloquear el trabajo de la gente de Haya de la Torre.

La vida no es fácil para ella y para César. Al mismo tiempo son felices. Van y vienen a Montevideo. César dibuja, hace grabados, escribe poemas. Ella escribe y organiza a los intelectuales. Se reúnen con los amigos del grupo «Ariel» en una casa de la calle Marco Bruto, visitan a su amiga Esther, se reúnen con Pombo y con Laborde y sueñan con que Mariátegui deje la Lima de Leguía y se venga al Río de la Plata. Se hace incluso ilusiones de que su hijo llegue a hacerse amigo de Sigfrido, el menor de los hijos de Mariátegui. Imagina al peruano brillando en ambos márgenes del Río de la Plata. Se ve a sí misma presentándolo a sus amigos montevideanos, luciéndose del brazo del mejor intelecto de América.

—Acaba de llamar Glusberg. Dice que ya arregló lo de los colegios para los hijos de José Carlos.

—Estupendo, dice ella, ¿qué tenemos que hacer?

—¿Hacer? Nada. Te parece que el editor de *La vida literaria*,

que el muy seguro de sí mismo señor Samuel Glusberg, va a permitir que hagamos algo. El mérito es de él. Lo único que quería era comunicarnos, dicho con sus palabras, que «el viaje del maestro y compañero Mariátegui a Buenos Aires es un hecho».

Los sueños no se hacen realidad. Por unos meses, pensó que, independientemente de los esfuerzos que hacía Glusberg, seguramente vería a Mariátegui cuando viajara a Buenos Aires al Congreso de Partidos Comunistas. El viaje nunca tuvo lugar. Era el final, además de la pierna que le habían cortado, Mariátegui seguía teniendo enfermedad tras enfermedad y las huestes de Leguía continuaban hostigándolo. De nada había servido que el director de *Amauta* fuera pariente de uno de los ministros de Viracocha. La casa en Washington Izquierda había sido allanada, Anita, Sigfrido y los demás niños, habían sido detenidos en su propio hogar por varios días. Él, a pesar de todo, había seguido luchando y defendiendo sus ideas con la misma pasión que la había deslumbrado un par de años antes en Lima. No eran buenos tiempos, las tesis de Mariátegui habían sido derrotadas en el Congreso y la promesa de una prótesis en Buenos Aires no se había cumplido. Trató de mover influencias, pero fue inútil.

Todo iba de mal en peor. El casamiento con César había sido una farsa, una necesidad impuesta por los tiempos políticos, un matrimonio por poder que no dejaría huella. Ella no lo volvería a nombrar y César, anciano y retirado, negaría haber estado enamorado de ella, cuando una joven uruguaya con un leve acento alemán lo entrevistara en la Lima de Fujimori setenta años después. La joven preguntaría una y otra vez, pero César Miró negaría que Blanca Luz hubiera sido hermosa, negaría todo sin poder reponerse del dolor que le causara al abandonarlo. No mencionaría la carta de la prisión de San Lorenzo. Esa mujer era un mal recuerdo, un recuerdo inoportuno. Ni aun cuando Siqueiros había visitado Lima y pidió verlo pudo perdonarla. César mandó a su mujer con la excusa de es-

tar resfriado y se negó a tener la posibilidad siquiera de conocer a quien fuera su sucesor. César la condenó al mismo silencio que ella lo condenaría año tras año por los años que les quedaran de vida. O, al menos, ésa fue la comedia que le representó a la uruguaya de acento levemente alemán a pesar de llamarse García.

—¿Usted quiso mucho a Blanca Luz?

—No, fue una historia inventada. No pasó nada. Respondió César, y mientras lo hacía miraba hacia el cuarto contiguo donde su mujer convalecía. No, Blanca Luz no significó nada en mi vida.

La entrevista terminó allí, Raquel García no insistió. Había comprendido. Después de tantos años, Miró no quería herir a su mujer de toda la vida con una historia setenta años vieja, con una historia silenciada desde casi toda otra vida.

Sí, lo de César había sido una farsa, se dijo Blanca Luz. Una farsa o un episodio del que no quería recordar nada. No puede, sin embargo, quemar las fotos que guarda meticulosamente Pombito, su amigo entrañable, el mismo que además de ser crítico de arte y de ensalzar a Siqueiros, se va a convertir en su representante y en el depositario de todos sus bienes. Mira la foto y no puede negar que, en los días de la tuberculosis limeña, le envió a su madre una foto en la que aparece tirada en la cama con un salto de cama y al dorso de la cual escribió: «Querida madre, esta foto mía fue tomada en mis días de enferma, ahora convalezco y no tengo tan caída la cara. En carta irán más noticias, necesitamos las tuyas que hace tanto tiempo no llegan, abrazos a mis hermanos y grandes para usted de César». Y luego su firma, precisa, firme: *Blancaluz*.

Sólo a Mariátegui necesitaron explicarle lo sucedido, ése había sido el pacto. Ella no escribió ni una línea. César, en cambio, desde París y cuando ella ya estaba en México con Siqueiros, le escribió «hace en estos días precisamente un año que resolvimos, con toda la serenidad que el caso requería,

orientar nuestras vidas en diferentes direcciones, que no nuestras ideas».

Años después, cuando ella publique su primera falsa memoria, *Blanca Luz contra la corriente*, tampoco recordará a César. Para entonces, el tiempo de los peruanos había terminado. En verdad, lo más importante de esos días no había sido ni el Congreso ni el anuncio de una futura visita de Mariátegui a Buenos Aires, ni las intrigas de los apristas ni siquiera el fin de su matrimonio con César Miró. Lo más importante tenía el espesor del óleo, el intenso olor de la trementina y hablaba con acento mexicano.